

Se produjo un silencio que únicamente fue interrumpido por el ruido del hielo chocando contra las paredes del vaso mientras Moran revolvía la bebida. Al ver que no obtenía respuesta, Llancafil siguió hablando.

—Llevo toda una vida de policía en Senguer, ¿sabés? Al principio era tranquilo, cada tanto algún muerto en la ruta o en el lago, pero sólo tenía que hacer trabajo de rutina y caratularlo como laguna blanca. Todos estaban de acuerdo. Hasta que un día empezaron esos suicidios. A pesar de lo chocante que era ver a jóvenes acabando con su propia vida, la explicación más razonable seguía siendo la laguna blanca. La más razonable y la más cómoda, porque si había alguien capaz de cometer asesinatos y encubrirlos como suicidio debía ser gente muy importante en el pueblo, con lo cual hubiese sido muy difícil querer hacer algo al respecto. Pero las últimas muertes cambiaron todo. La violencia con la que se produjeron fue como quitarle el velo de los ojos a todo el mundo. Ya no se podía ocultar que hay un asesino suelto. Y para esta gente, tan acostumbrada a una vida apacible, algo así los desequilibra completamente. Eso, sumado a los revoltosos de siempre, amenaza con hacer arder Senguer. Y llevarse puesto mi trabajo en el camino.

El comisario hizo una pausa para tomar un poco de whisky. Pasó melancólicamente el dedo índice por el borde del vaso y estuvo un rato jugueteando con los hielos antes de continuar.

—No me voy a gastar en convencerte de que no soy un inútil ni un estúpido, no me importa lo que pienses. Pero la verdad es que hace rato que sé lo que pasa en este pueblo. Creo que en el fondo todos lo sabemos, pero es más fácil convencernos de una dulce mentira que aceptar una verdad amarga. De todas maneras, yo no puedo hacer nada, sólo soy un policía rural y no tengo ganas de hacerme el héroe. Pero con lo violentas que se pusieron las cosas ya es imposible seguirnos engañando. Ahora la gente está enojada y necesita creer que encontramos a los responsables o esto va a estallar.

Llancafil terminó de un sorbo el whisky que quedaba en el vaso y lo dejó en el piso, al lado del sillón. Se inclinó hacia adelante para estar más cerca de Moran, apoyó los codos sobre sus rodillas y juntó las manos en el aire.

—Mañana te voy a detener, Moran. Como ya habrás visto, no es difícil pensar que vos sos el responsable de las últimas muertes, todo encaja. Yo sé que eso no va a cambiar nada si después los asesinatos no paran, pero tengo que ganar tiempo porque ya se está convocando a otra marcha y están invitando gente de Esquel para que venga a sumarse. Hoy Horacio autorizó un pedido de más policías, que también van a viajar mañana temprano. Imaginate lo que va a ser eso, una pequeña guerra acá, en mi pueblo. No puedo permitirlo.

Moran terminó su whisky y también lo dejó en el suelo.

—Entonces vas a entregarles algo con qué distraerse, sabiendo que lo único que vas a lograr es uno o dos días de paz, porque en cuanto vuelvan a matar a otro y no puedas culparme a mí se te van a ir encima peor que antes.

El comisario volvió a echarse hacia atrás y dejó caer todo su peso sobre el sillón.

—Yo no dije que fuera una idea perfecta, estoy improvisando. Además, ¿quién sabe? En una de esas, capaz que sí fuiste vos el que cometió esos asesinatos.

Llancafil lanzó una risa forzada que duró apenas unos segundos.

—Vos sabés que eso no es verdad.

—En realidad, ¿qué importa? —el policía se encogió de hombros—. Los hechos encajan y la gente va a creerlo, no es que tengas muchos amigos acá precisamente.

El comisario se puso de pie, tomó su abrigo de un perchero que Mario tenía atrás de la puerta y caminó hacia la entrada.